

El Tricentenario paralelo de la Virgen de Torcoroma

Mario Javier Pacheco García

La virgen de Torcoroma no es del señor Obispo, ni de los ateos, ni de los escépticos, ni siquiera de los cristianos y católicos, es del pueblo ocañero y de su provincia en general, que sin distingos de razas, condiciones, credos, ni edad, la tenemos y portamos como el más elevado símbolo de la ocañeridad, el que más nos unifica y al que acudimos en la distancia para congregarnos.

Pero hay quienes no quieren a la Virgen, o la miran con desdén, o no la consideran como un símbolo de la identidad ocañera y alzan su voz, para advertir que los constituyentes del 91 eliminaron la mención a Dios como fuente de su inspiración y que en la Colombia posterior se deben respetar las libertades de pensamiento y de religión, en lo que estamos de acuerdo, pero nos vienen ahora con una pasión democrática que suena a cuento chino, para criticar, para difamar de las manifestaciones de devoción a Nuestra Señora de las Gracias de Torcoroma.

El pueblo ocañero se siente orgulloso de su Torcoroma, de llevarla en la billetera, de pedirle en tiempos difíciles y nos encanta todo lo que la promueva, al igual que nos disgusta todo aquel que la menosprecie, y mucho más si lo hace desde el anonimato.

Nuestra Señora de las Gracias de la Torcoroma es el símbolo de Ocaña, forma parte de nuestra tradición cultural, de nuestra identidad, de nuestra esencia, de lo que somos.

No porque ahora hay libertad de cultos y a voz en cuello se pueda manifestar el ateísmo, o el desdén por la religiosidad, vamos a dejar de ser torcoromanos, ni mucho menos vamos a permitir que menosprecien nuestra Virgen un par de tomadores de tinto, sin ningún haber positivo en su historial, tan solo el de la lengua asolapada y el de la crítica malintencionada, ahora acogidos por un medio de comunicación local.

Disfrazándose tras un velo de cinismo ramplón y burdo, y tal vez para hacerse los chistosos ante sus compañeros de tertulia, el editorial del 4 al 10 de agosto ofende a los ocañeros al ofender la virgen y comparar su óvalo con una vagina, bordada, como dice el editorialista en “unos cucos con la divina morena”, y eso no le molesta al obispo, le molestan lo que le demore su plata, como le molestó que en mi condición de consejero de cultura del municipio le hubiera dilatado unos días la aprobación de los ochenta millones de pesos para hacer un parqueadero que no le dejaron hacer.

Donde están los ocañeros que dicen amar la virgen de la Torcoroma, que permiten tamaño irrespeto en aras de buscar notoriedad ante sus amigos o de vender el periódico a costillas de sus ofensas a la virgen. Como si no tuvieran

necesidad del abrigo que les brinda nuestra tierra, que lamentablemente también es la suya.

Y ya que hablan de identidad, Es bueno recordar que la autenticidad y la identidad cultural no se forman de la noche a la mañana, ni se transforman para estar de moda con el mandato que nos hicieron desde Bogotá los constituyentes de 1991. - Desde cuando tan democráticos- Ocaña tiene un acervo cultural que la identifica ante los demás pueblos del mundo, con sus factores positivos y negativos que son los que nos diferencian.

Y no porque el mundo moderno nos ofrezca en gastronomía, hamburguesas o camarones, o papas chorriadas de la Candelaria, vamos a dejar de comer y de sentir como nuestra, la arepa con queso; ni porque tengamos oferta de duraznos, albaricoques y almendras, vamos a dejar de sentir por nuestra la cocota; ni porque en Bogotá se traten las personas de tu, vamos a dejar de hablar de vos. Si en otras partes hay otros cultos y creencias y si aquí hay algunos que no quieren a la virgen, no por eso le vamos a restringir el sitio de honor que la Torcoroma tiene en nuestras calles, nuestros parques y nuestros corazones.

Me ratifico en lo escrito hace quince días, la virgen de Torcoroma tallada por Yesid Manzano e incrustada en la ceiba del parque, fue un acierto, máxime ante la celebración que se avecina.

Poniendo punto final, o punto y seguido, o puntos suspensivos, o punto y coma si se quiere, toquemos ahora el tema de la conmemoración del Tricentenario. De los 180 millones de pesos que recibió el Obispo para el evento, ya vemos que algunos de ellos se están gastando en la pintura de la catedral y del palacio episcopal, que transformó su nombre en derroche de humildad por el de residencia episcopal. Sabemos también que ya se contrató un espléndido almuerzo en los salones del club Ocaña para párrocos oficialmente amigos y para visitantes ilustres; igualmente que circulan -con plata de la alcaldía y la gobernación-, unas hermosísimas tarjetas para los comensales. Sabemos también que le dieron 25 millones de pesos más para hacer un libro, del que solo alcanzaron a editar quinientos ejemplares, o sea que rompió el record del libro más caro de la historia, superando el que imprimiera en los 90 el senador Felix Salcedo Baldión;. Ya está preparada la misa campal, con capacidad para no más del 7% de la población, con viseras de colores en el estadio, que venden a mil pesos y la procesión posterior, que es realmente donde vamos a poder participar todos los ocañeros. La parte académica está prácticamente en cero, aunque afortunadamente el concierto de James Shultman, y la exposición de Digital art, del artista Yerson Jair Manzano, -a quien no le pagan- sacan la cara por la diócesis, porque la calidad de ambos nos hace suponer unos eventos muy dignos de verse.